

EMILIO RIBES IÑESTA

φ φ φ φ φ φ φ φ φ

**TEORÍA DE LA PSICOLOGÍA:
COROLARIOS**

Co-presencias Editorial

COLECCIÓN: “PSICOLOGÍA ACADÉMICA”

Sección: Teoría de la Psicología

Coordinador editorial:

Manuel Porcel Medina

Co-presencias Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley.

Si se quiere compartir, difundir, reproducir, distribuir o comunicar públicamente en cualquier tipo de soporte, pidan autorización al autor de la obra, a través de la editorial: copresenciaseditorial@gmail.com

©Emilio Ribes Iñesta

©Co-presencias Editorial

C/Babolé. Granada. España

www.co-presencias.com

copresenciaseditorial@gmail.com

Depósito Legal: SA-236-2021

ISBN: 978-84-09-30274-1

Índice de ensayos

ENSAYO UNO: ¿TEORÍA DE LA CONDUCTA O TEORÍA DE LA PSICOLOGÍA?	17
ENSAYO DOS: EL OBJETO DE LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA: RELACIÓN SIN «CUERPO-SUBSTANCIA»	77
ENSAYO TRES: SOBRE LA EXPLICACIÓN Y SU RELACIÓN CON LOS DISTINTOS MODOS DE CONOCIMIENTO	107
ENSAYO CUATRO: NOTAS SOBRE LA GÉNESIS DEL DESLIGAMIENTO FUNCIONAL	131
ENSAYO CINCO: ACTIVACIÓN REACTIVA Y FUNCIONES DISPOSICIONALES: UNA REFLEXIÓN MULTIDISCIPLINARIA (Con Víctor Eduardo Fuentes Barradas)	151
ENSAYO SEIS: DESAFÍOS METODOLÓGICOS PARA UNA TEORÍA DE CAMPO DEL COMPORTAMIENTO PSICOLÓGICO	195
ENSAYO SIETE: ¿EVOLUCIONA EL COMPORTAMIENTO PSICOLÓGICO? REFLEXIONES PARA UNA PSICOLOGÍA COMPARATIVA	237
ENSAYO OCHO: COMPORTAMIENTO REFERENCIAL, FUNCIONES DEL LENGUAJE Y MODOS DE CONOCIMIENTO	301
ENSAYO NUEVE: LA DIMENSIÓN POLÍTICA DEL COMPORTAMIENTO INTERINDIVIDUAL: EL ACTUAR <i>COMO SI</i> Y LA PRÁCTICA IDEOLÓGICA	327

*A la memòria del meu pare i la meva mare i dels meus avis i àvies,
gràcies a ells soc el que soc.*

« [...] también se olvida que desarrollar una buena teoría
es un proceso complejo que toma tiempo.»
P. K Feyerabend, (1970, p. 68)

PREFACIO

Este volumen es consecuencia directa de la publicación en 2018 de *El estudio científico de la conducta individual: introducción a la teoría de la psicología*. Como resultado de todo proceso teórico, al concluir dicha obra, quedaron pendientes de aclarar muchos temas y problemas abordados puntualmente y otros apenas sugeridos. De ahí el título del presente volumen, constituido por una colección de ensayos que son corolario, no solo lógico, sino práctico, de la propuesta teórica formulada. Algunos de estos ensayos fueron publicados, en el lapso de año y medio, a medida que iban siendo redactados (los primeros cinco) y, otros (los últimos cuatro), son inéditos y fueron escritos en un orden distinto al que se presentan en este volumen. Cada ensayo aborda una temática específica, implícita o explícita, de la obra de 2018. Los ensayos publicados han sido objeto de algunas adiciones o precisiones. El primer ensayo examina las razones por las que se transitó de una teoría de campo de la conducta a una teoría de campo de la psicología. El segundo ensayo discute el concepto de explicación y se propone demostrar que, en todos los modos de conocimiento, explicar es circunstanciar una relación entre hechos o acontecimientos. El tercer ensayo analiza el proceso de desligamiento funcional desde la perspectiva de los contactos que posibilitan los sistemas reactivos biológicos y convencionales. El cuarto ensayo ancla las funciones disposicionales en la correspondencia entre la activación inespecífica y específica de los sistemas reactivos y las propiedades de los objetos y acontecimientos de estímulo. El sexto ensayo explora y propone distintas formas de enfrentar metodológicamente las cuestiones que plantea un modelo de campo para el comportamiento psicológico. El séptimo ensayo explicita la naturaleza referencial de todo comportamiento humano y su relación con las funciones del lenguaje y los distintos modos de conocimiento. El octavo ensayo examina críticamente las posiciones evolucionistas darwinianas y neodarwinianas y sus pretensiones acerca del comportamiento psicológico en relación con el origen del lenguaje y las formaciones sociales. Finalmente, el noveno y último ensayo plantea la naturaleza política de todo comportamiento interindividual y sus implicaciones para el comportamiento psicológico como práctica ideológica. El conjunto de ensayos no es de interés únicamente para los psicólogos. Pueden interesar también a aquellos dedicados al estudio de la epistemología y filosofía de la ciencia, a la biología del comportamiento, a la antropología social

TEORÍA DE LA PSICOLOGÍA: COROLARIOS

y económica, a la teoría política, y al estudio del lenguaje.

Esta obra es un caso paradójico para aquellos que gustan de aplicar una hermenéutica psicológica universal para comprender los motivos de las personas. Los ensayos aquí contenidos son el resultado de un proceso de vida vinculado a la posibilidad de una ciencia de la psicología. Aquí se presentan, a pesar de cuán decepcionante es la vida académica imperante, dominada por las vanidades personales y los afanes meritocráticos. Debido a ello, y de manera congruente, no puedo más que ser escéptico respecto al efecto que pueden tener estos escritos, pero nunca debe descartarse que interesen a algún peregrino que recorra el mismo camino por el que he transitado.

Emilio Ribes Iñesta
Xalapa, Veracruz, octubre 2020

ENSAYO UNO

¿TEORÍA DE LA CONDUCTA O TEORÍA DE LA PSICOLOGÍA?

Este escrito estará compuesto de tres secciones. Una primera, breve, sobre la biografía vinculada a la formulación teórica que se presenta, lo que ayudará a hacer más comprensibles los cambios acaecidos como parte de un proceso de búsqueda de identidad de la psicología y del conocimiento de los fenómenos que comprende. Una segunda sección tendrá que ver con la primera formulación sistemática de un modelo de campo como propuesta teórica general para estudiar todos los fenómenos psicológicos. Una tercera, abordará la reformulación de dicha propuesta, sus razones, los cambios que implica, y las ventajas que representa como sistema teórico.

Una historia personal

Mi vida académica, desde que inicié siendo estudiante de licenciatura en 1960 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), constituyó un proceso continuo de búsqueda de identidad disciplinar de la psicología. En esos años, el psicoanálisis era la concepción dominante y, en el caso de la psicología experimental, predominaban las orientaciones hulliana y piagetiana, con los primeros asomos de lo que se bautizó poco después como “ciencia cognoscitiva”, especialmente con la irrupción de la teoría de la información como modelo del conocimiento. Así mismo, tenían presencia todavía la psicología de la Gestalt, la psicología soviética enfocada al problema del pensamiento y el lenguaje, y el funcionalismo centrado en el estudio de la memoria y el llamado aprendizaje verbal. Mis esfuerzos, aparte de las acciones autodidactas (Ribes, 2010), no tuvieron resultados satisfactorios.

Posteriormente, en 1964, tuve la oportunidad de poder conformar, gradualmente, con otros compañeros de universidad, un proyecto disciplinar de psicología, pero esta vez con la responsabilidad de compartirlo, como profesor (prematureo), con estudiantes en una universidad que iniciaba su programa en psicología, la Universidad Veracruzana (UV) en Xalapa (Ribes, 2001a). Durante ese primer periodo en Xalapa (1964-1971) aprendí, de manera autodidacta y complementado por mis colegas, la psicología que nunca se enseñó o mencionó siquiera durante mi tiempo de estudiante. En un lapso muy breve, transité vertiginosamente desde el psicoanálisis (mi información de origen) por el funcionalismo, el cognoscitivismo, la psicología genética, y diversas modalidades de conductismo, hasta llegar finalmente al condicionamiento operante, ahora llamado incorrectamente análisis de la conducta, como parte de un proceso inquisitorio y autocrítico facilitado por mi contacto personal con figuras de la psicología, como Harry Harlow, Daniel Berlyne, Hobart Mowrer, Teodoro Ayllon, y Sidney Bijou, entre otros.

Mi adopción de la teoría operante, como marco de referencia de la psicología, se fundamentó en cuatro razones: la primera tenía que ver con el desarrollo de una metodología centrada en el organismo individual, cancelando los diseños estadísticos de naturaleza poblacional basados en el supuesto de la aleatoriedad del comportamiento psicológico; la segunda se relacionaba con la posibilidad de incluir en su ámbito de análisis tanto a la conducta animal como a la conducta humana, incluyendo algunas formas de relaciones diádicas que intersectaban los fenómenos sociales; la tercera se vinculaba con la posibilidad de extender sus técnicas a la solución de problemas en los ambientes naturales y sociales; y, la cuarta y última, era más de índole ideológica, al subrayar la interdependencia del comportamiento respecto de los factores ambientales y, por consiguiente, cancelar una concepción solipsista del origen de lo psicológico, enlazándola con sus determinantes ecológicas en la evolución animal, y las interrelaciones de los modos productivos y su historia en lo que toca a la conducta humana. Durante 15 años pensé, escribí e investigué sobre la conducta animal y la humana al amparo de las categorías de la teoría operante, intentando precisar conceptos e interpretar de manera sistemática aparente anomalías empíricas (Cabrer, Daza & Ribes, 1975).

Sin embargo, en la medida en que intentaba profundizar y extender las implicaciones del compromiso establecido con la teoría operante, comenzaron a surgir dudas respecto de la solidez de la lógica de los

conceptos, y de la forma en que se relacionaba la investigación experimental con las aplicaciones de dicho conocimiento (Ribes, 1982). No solo parecía ingenuo pensar en una tecnología conductual como la que se planteaba en los primeros años de efervescencia de la modificación de conducta, las terapias conductuales y del análisis conductual aplicado, sino que parecía cuestionable suponer que se podían extender, como simples extrapolaciones, los llamados “principios” de la conducta a la conducta humana en situaciones sociales. Estos “principios” no eran otra cosa más que operaciones experimentales desarrolladas en la investigación de la conducta animal en las cámaras de condicionamiento operante, con todas las restricciones cualitativas y cuantitativas que ello conllevaba.

Como ya lo he mencionado previamente, mi relación con William N. Schoenfeld fue decisiva en este periodo de mi vida académica. El interés de Schoenfeld por la investigación experimental en condicionamiento clásico y operante no estuvo motivado por intereses relativos a sus aplicaciones tecnológicas. A diferencia de Skinner que enfatizó como objetivos la predicción y el control, Schoenfeld concibió la práctica científica como un afán por sistematizar el conocimiento y ampliar sus horizontes a partir del descubrimiento y formulación de nuevas relaciones y conceptos. Como parte de ese proceso, planteó criterios generales para unificar el condicionamiento clásico, el condicionamiento operante y el llamado reforzamiento no contingente, e integrar en un continuo de comportamiento en tiempo y espacio a las situaciones concebidas como positivas y aversivas, así como a las distintas funciones de los estímulos. En dos escritos previos he reseñado sus contribuciones y la forma en que influyeron en mi modo de pensar (Ribes, 1996a, 2017).

Dado que he examinado con detalle estos aspectos (Ribes, 1994, 1996b, 1999, 2004; Ribes y López, 1985), no abundaré en el análisis de las limitaciones lógicas de la teoría operante (y de toda teoría del condicionamiento) o de su sesgo operacionalista y tecnológico. Bastará mencionar que desde 1975 comencé un proceso de búsqueda de una nueva forma de plantear el estudio del comportamiento psicológico con base en la formulación de J. R. Kantor (1924-1926), atendiendo a las contradicciones, anomalías y limitaciones que surgían de las críticas desarrolladas por Schoenfeld desde 1954, así como a los resultados de la investigación experimental empleando el sistema T, las dificultades para examinar experimentalmente el comportamiento humano,

especialmente su dimensión lingüística y social, y las limitaciones y debilidad conceptual mostradas en las aplicaciones de los llamados “principios”. Como resultado de este proceso concluí, para sorpresa de muchos de mis colegas en el campo, que el condicionamiento operante (o análisis de la conducta) constituye una aproximación reduccionista, lineal, causalista, atomista y orientada tecnológicamente. Lamentablemente, hoy día, la mayoría de mis colegas siguen sin comprender esta conclusión.

A partir de 1982 comencé a elaborar un nuevo marco teórico, basado en una lógica de campo, que pudiera sistematizar el conocimiento experimental logrado hasta la fecha, especialmente el surgido a partir de la teoría operante, pero que a la vez permitiera “ver” de otra manera dicho conocimiento y abrir la indagación y aplicaciones a nuevos problemas y formas de concebirlos. Este proceso se aceleró como parte del diseño de un programa de licenciatura en psicología en la UNAM-Iztacala, y de la multitud de dudas, propuestas y ensayos que tuvieron lugar durante su transcurso con un grupo importante de colegas (Pérez-Almonacid y Gómez, 2014; Ribes, 2010a). El resultado final fue la publicación en 1985, en colaboración con Francisco López-Valadéz, de Teoría de la conducta: un análisis de campo y paramétrico (TC), obra que fue de hecho concluida en 1983.

Teoría de la conducta: un primer paso

TC se fundamentó como una crítica interna desde la propia teoría del condicionamiento, en particular de la concepción operante. La propuesta teórica comprendía tres puntos fundamentales: 1) remplazar el análisis atomista y causalista de la teoría del condicionamiento por un análisis de campo, determinista y molar, 2) explicitar los supuestos de la teoría, y 3) formular una taxonomía de tipos de organización funcional de la conducta, que fuera más allá de la dicotomía operacional respondiente-operante, y de sus subdivisiones verbal-no verbal y gobernada por reglas-moldeada por contingencias.

Kantor planteó una lógica de campo para la psicología que asumía que los componentes de un campo psicológico, definidos a partir de la interacción de un organismo individual con un objeto de estímulo, eran interdependientes y, por consiguiente, ninguno podía tener propiedades causales sobre los otros. En otras palabras, en un campo psicológico,